

Sueña con las historias de

HQN™

SHERRYL WOODS

HQN™

SHERRYL
WOODS

CUANDO FLORECEN
LAS AZALEAS



HQN™

SHERRYL
WOODS

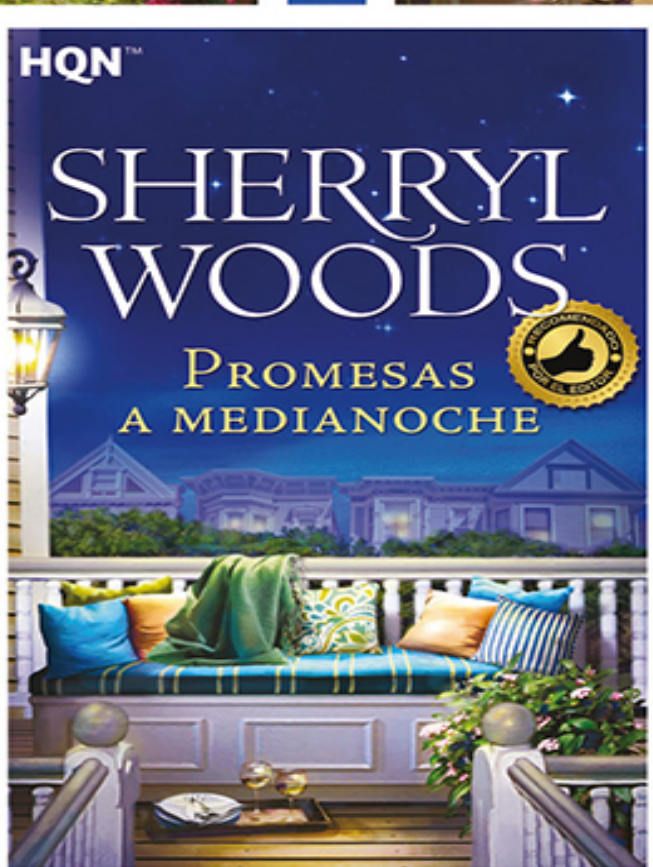
NOCHE DE
LUCIÉRNAGAS



HQN™

SHERRYL
WOODS

PROMESAS
A MEDIANOCHE



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

E-pack HQN Sherryl Woods 2, n.º 239 - marzo 2021

I.S.B.N.: 978-84-1375-653-0

Table of Content

Promesas a media noche

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Publicidad

Noche de luciérnagas

[Carta de la autora](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Publicidad](#)

[Quando florecen las azaleas](#)

[Nota de la autora](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

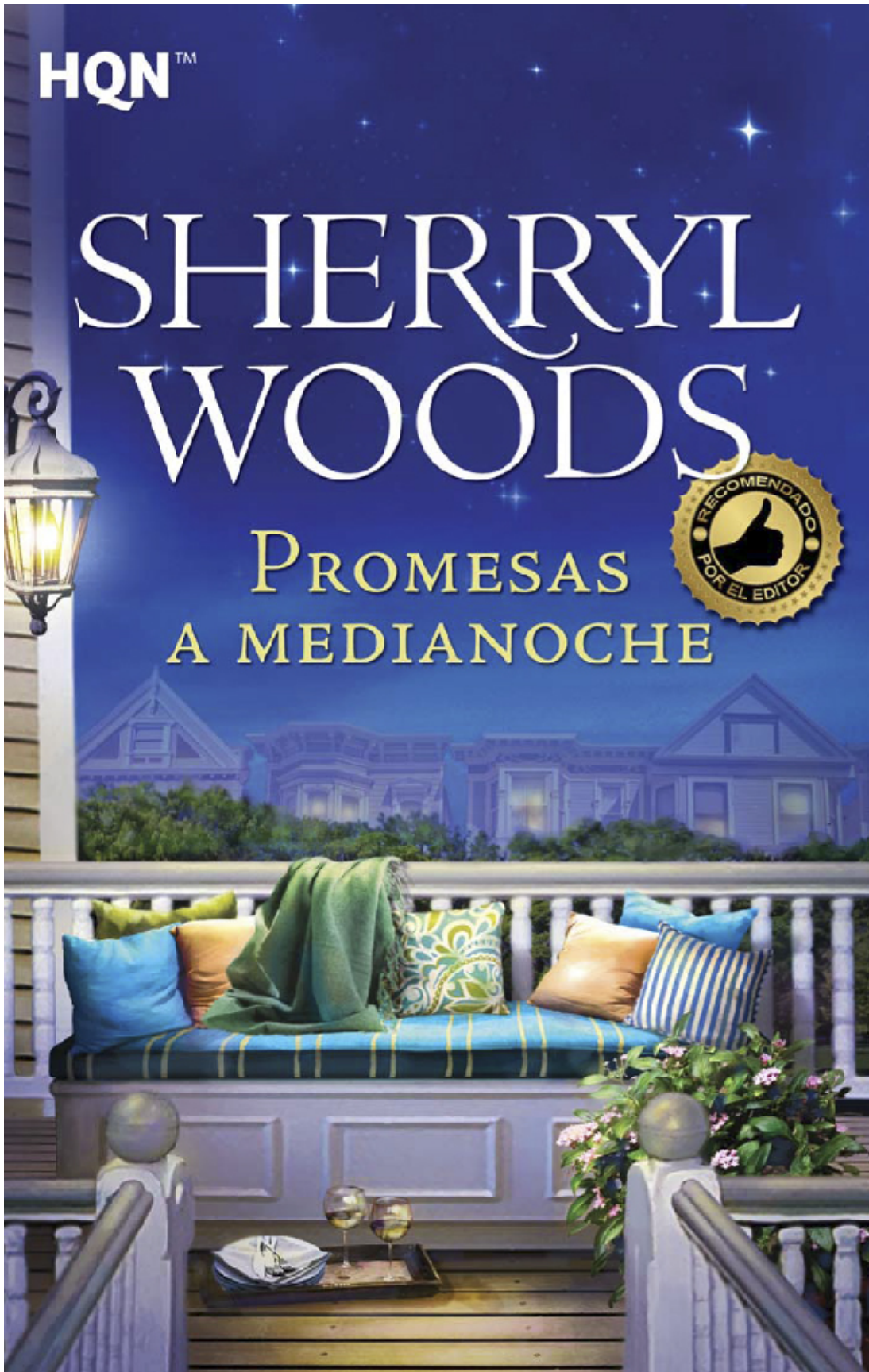
[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Epílogo](#)
[Publicidad](#)

HQN™

SHERRYL WOODS

PROMESAS
A MEDIANOCHÉ



SHERRYL
WOODS

PROMESAS
A MEDIANOCHE

Queridas amigas,

Desde la primera vez que escribí sobre Karen Ames, una madre soltera en apuros, en Lágrimas de felicidad, libro de la trilogía original de las Dulces Magnolias, las lectoras querían saber más, mucho más, sobre ella y su romance con el sexy y cariñoso entrenador personal, Elliott Cruz. Ya que al final de aquella novela se encontraban de camino al altar, di la historia por terminada.

Sin embargo, no hace mucho pensé que el conflicto y el romance no siempre terminan cuando uno pronuncia los votos matrimoniales. Y cuando los sueños de Elliott por su familia colisionan con las dificultades por las que ha pasado Karen... pues entonces... tenemos una nueva historia que contar. Y encontrarás esa historia justo aquí, en Promesas a medianoche, mientras esta pareja se enfrenta a las mismas preguntas a las que se enfrentan tantas otras parejas casadas. Tal vez las respuestas y las concesiones a las que llegan puedan ser soluciones para algunas de vosotras también.

Además podréis pasar un rato con las «Senior Magnolias», como a mí me gusta llamarlas; tres mujeres mayores animadas y llenas de vida que

generan una buena ración de risas y momentos conmovedores durante este libro y los otros dos que están por llegar.

Espero que disfrutéis volviendo al mundo de las Dulces Magnolias. Como siempre, me encantaría saber qué os parece. Podéis escribirme a Sherryl703@gmail.com o haceros fan en [Facebook](#) y uniros a la charla allí.

*Os deseo lo mejor,
Sherryl*

Prólogo

La novia lucía un vestido por la rodilla y hombros al aire de satén en un resplandeciente blanco roto y una mantilla de encaje antigua, reliquia familiar, que su futura suegra le había prestado a regañadientes.

En el interior de la pequeña iglesia católica de Serenity se encontraba el hombre que había hecho cambiar la opinión que Karen Ames tenía del amor, convenciéndola de que el pasado, pasado estaba. Le había prometido un amor inquebrantable, una relación de verdad, y se lo había demostrado una y otra vez durante el largo tiempo que la había cortejado.

Karen se agachó cuando Daisy, su hija de seis años, le tiró de la falda con gesto de emoción.

—¿Cuándo nos casamos? —le preguntó la niña prácticamente dando saltos de ilusión.

Karen sonrió ante su entusiasmo. Después de demasiados años sin una figura paterna, Daisy y Mack se habían enamorado de Elliott Cruz tanto como Karen. Y, en muchos sentidos, había sido su bondadosa y generosa relación con sus hijos lo que la había convencido de que Elliott no se parecía en nada a su primer marido, un hombre que los había abandonado dejándolos sumidos en una montaña de deudas.

—Quiero casarme con Elliott —dijo Daisy tirando de ella de nuevo en dirección al altar—. Vamos a darnos prisa.

Karen miró a su hijo de cuatro años para asegurarse de que Mack no se había quitado la corbata que le había puesto ni se había empapado de refresco el traje nuevo. También comprobó que las alianzas seguían firmemente sujetas al cojín que el pequeño llevaría hasta el altar.

Dana Sue Sullivan, su jefa, amiga y dama de honor, le puso la mano en el hombro.

—Todo va bien, Karen. ¿Qué tal esos nervios?

—De punta —respondió sinceramente—. Pero entonces me asomo ahí dentro, veo a Elliott esperando y todo se calma.

Miró a Daisy y a Mack, que ya estaban entrando en la iglesia.

Tras una indicación de la que Karen ni siquiera se percató, el organista empezó a tocar para que entraran. Daisy recorrió el pasillo casi corriendo y lanzando pétalos de rosa con entusiasmo y entonces, cuando alguien comentó algo entre susurros, se giró hacia su madre y empezó a caminar más despacio. Mack iba justo detrás de la niña con gesto solemne y fue avanzando muy concentrado hasta que estuvo al lado de Elliott.

Dana Sue fue a continuación y le guiñó un ojo a su marido, que estaba sentado en primera fila; después le dirigió una amplia sonrisa a Elliott que, nervioso, se pasaba un dedo bajo el cuello de la camisa.

Karen dio un último y profundo suspiro y se recordó que esta vez su matrimonio sería para

siempre, que por fin lo había logrado.

Alzó la mirada y, una vez Elliott la miró, dio el primer paso por el pasillo, un paso cargado de confianza y esperanza hacia el futuro que prometía ser todo lo que su primer matrimonio no había sido.

Capítulo 1

Ahora que el otoño estaba a la vuelta de la esquina, Karen Cruz se encontraba experimentando con una nueva receta de potaje de judías para el almuerzo del día siguiente en Sullivan's cuando su amigo y ayudante de chef, Erik Whitney, se asomó sobre su hombro, asintió con gesto de aprobación y preguntó:

—Bueno, ¿te hace ilusión lo del gimnasio que Elliott va a abrir con nosotros?

Sorprendida por la inesperada pregunta, a Karen se le vertió en el guiso toda la caja de sal que tenía en la mano.

—¿Que mi marido va a abrir un gimnasio? ¿Aquí, en Serenity?

Claramente desconcertado por lo perpleja que se había quedado, Erik esbozó una mueca de vergüenza y dijo:

—Veo que no te lo ha dicho.

—No, no me ha dicho ni una palabra —respondió. Por desgracia, cada vez era más típico que cuando se trataba de cosas importantes de su matrimonio, cosas que deberían decidir juntos, Elliott y ella no hablaran mucho del tema. Él tomaba las decisiones y después se las comunicaba. O, como en esta ocasión, ni se molestaba en informarla.

Después de tirar el potaje, ahora incomible, empezó de nuevo y pasó la siguiente hora dándole vueltas a lo poco que Elliott tenía en cuenta sus sentimientos. Cada vez que hacía algo así, le hacía daño y minaba su fe en un matrimonio que consideraba sólido y en un hombre que creía que jamás la traicionaría como había hecho su primer marido.

Elliott era el hombre que la había cortejado con encanto, ingenio y determinación y su empatía hacia sus sentimientos era con lo que la había ganado y convencido de que darle otra oportunidad al amor no sería el segundo mayor error de su vida.

Respiró hondo e intentó calmarse a la vez que buscaba una explicación razonable para el silencio de su marido sobre una decisión que podía cambiarles la vida. Lo cierto era que tenía la costumbre de intentar protegerla, de no querer preocuparla, y menos con cuestiones de dinero. Tal vez por eso no le había dado la noticia. Sin embargo, tenía que saber que a ella no le habría hecho gracia, y mucho menos ahora.

Y es que estaban planeando añadir un bebé a la familia. Ahora que Mack y Daisy, fruto de aquel desastroso matrimonio, estaban asentados en el colegio y equilibrados después de tantos trastornos que habían sacudido sus pequeñas vidas, parecía que por fin había llegado el momento.

Pero entre los fluctuantes ingresos de Elliott como entrenador personal en The Corner Spa y el salario mínimo que le daban a ella en el restaurante, se habían pensado mucho el tema de ampliar la familia.

Karen no quería volver a encontrarse nunca en el desastre económico en el que se había visto cuando Elliott y ella se conocieron. Y él lo sabía, así que, ¿de dónde iba a salir el dinero para invertir en esa nueva aventura? No tenían ahorros para un nuevo negocio. A menos que él tuviera pensado sacarlo del fondo destinado para el futuro bebé. Solo pensarlo hizo que la recorriera un escalofrío.

Y después estaba el tema de la lealtad. Maddie Maddox, que dirigía el spa, la jefa de Karen, Dana Sue Sullivan, y la esposa de Erik, Helen Decatur-Whitney, eran las dueñas de The Corner Spa y habían convertido a Elliott en parte integral del equipo. También la habían ayudado mucho a ella cuando era madre divorciada e incluso Helen había alojado a sus hijos durante un tiempo. ¿Cómo iba a dejarlas plantadas Elliott? ¿Qué clase de hombre haría eso? No el hombre con el que creía haberse casado, eso seguro.

Aunque había empezado a intentar encontrarle sentido a su decisión de no contarle nada, parecía que esa estrategia no le había funcionado. Estaba removiendo la nueva olla de potaje con tanta energía que Dana Sue se acercó con gesto de preocupación.

—Si no tienes cuidado, vas a convertirlo en puré —le dijo con delicadeza—. Y no es que no fuera a estar delicioso así, pero imagino que no es lo que tenías planeado.

—¿Planeado? —contestó Karen con voz cargada de furia a pesar de sus buenas intenciones de dejar que Elliott le explicara por qué había actuado a sus espaldas—. ¿Quién planea nada ya o se ciñe al plan

después de haberlo hecho? Nadie que yo sepa y, si alguien lo hace, no se molesta en discutir sus planes con su pareja.

Dana miró a Erik como si no entendiera nada.

—¿Me estoy perdiendo algo?

—Le he dicho lo del gimnasio —explicó él con gesto de culpabilidad—. Al parecer, Elliott no le ha contado nada.

Cuando Dana Sue asintió, Karen la miró consternada.

—¿Tú también lo sabías? ¿Sabías lo del gimnasio y te parece bien?

—Sí, claro —respondió Dana como si no fuera para tanto que Erik, Elliott y quien fuera más quisieran abrir un negocio que compitiera con The Corner Spa—. Maddie, Helen y yo aprobamos la idea en cuanto los chicos nos lo plantearon. Hace tiempo que la ciudad necesita un gimnasio para hombres. Ya sabes lo asqueroso que es el de Dexter. Por eso abrimos el The Corner Spa exclusivamente para mujeres en un primer momento. Esto será toda una expansión. De hecho, vamos a asociarnos con ellos. Su plan de negocio es fantástico y lo más importante de todo es que tienen a Elliott que, con su reputación y su experiencia, atraerá a muchos clientes.

Karen prácticamente se arrancó el delantal.

—Bueno, lo que me faltaba —murmuró. No solo su marido, su compañero y su jefa estaban metidos en esto, sino que también lo estaban sus amigas. Sí, de acuerdo, tal vez eso significaba que Elliott no estaba siendo desleal, como se había temido, aunque... con ella sí que lo estaba siendo—. Si no os importa, me

voy a tomar mi descanso con antelación. Volveré a tiempo para preparar la cena y después Tina se ocupará del resto del turno.

Unos años atrás, Tina Martínez, una mujer que intentaba llegar a fin de mes mientras luchaba por la deportación de su marido, había compartido turno con ella en Sullivan's y gracias a eso ambas habían tenido la flexibilidad que tanto necesitaban para ocuparse de sus responsabilidades familiares. Karen seguía dando gracias por ello, incluso aunque ahora, que sus vidas se habían asentado y que Sullivan's se había convertido en un negocio muy frecuentado y de gran éxito, las dos estuvieran trabajando más horas.

Aunque había pensado que comentárselo a Tina haría que Dana Sue se diera cuenta de que no iban a dejarla en la estacada, la expresión de Dana indicaba más bien lo contrario.

—Espera un segundo.

Y entonces, para sorpresa de Karen, dijo:

—Espero que vayas a tomar un poco el fresco y a pensar en esto. No pasa nada, Karen. De verdad.

Una hora antes, Karen tal vez lo habría aceptado, pero ahora ya no tanto.

—No estoy de humor para calmarme. La verdad es que estoy pensando en divorciarme de mi marido — contestó con desesperación.

Al salir por la puerta trasera, oyó a Dana Sue decir:

—No lo dirá en serio, ¿verdad?

No esperó a oír la respuesta de Erik, pero lo cierto era que su respuesta no hubiera sido muy

reconfortante.

Elliott había estado muy distraído mientras impartía su clase de gimnasia para mayores. Normalmente le encantaba trabajar con esas alegres señoras que compensaban con entusiasmo lo que les faltaba de estamina y fuerza. Y aunque le avergonzaba, incluso disfrutaba viendo cómo se lo comían con los ojos tan descaradamente e intentaban buscar excusas cada semana para hacer que se quitara la camiseta y poder admirar sus abdominales. En más de una ocasión las había acusado de ser espantosamente lascivas... y ni una sola se lo habían negado.

—Cielo, yo ya era una asaltacunas de esas que tan de moda están ahora antes de que inventaran el término —le había dicho en una ocasión Flo Decatur, que acababa de cumplir los setenta—. Y no me disculpo por ello. Puede que te salgas de mi rango habitual, pero hace poco he descubierto que incluso los hombres de sesenta me resultan algo insulsos. Puede que tenga que buscarme un hombre mucho más joven.

Elliott no había sabido qué responder y se preguntaba si la hija de Flo, la abogada Helen Decatur-Whitney, estaba al tanto de lo que pretendía su irreprimible madre.

Ahora miraba el reloj de la pared aliviado de ver que la hora había llegado a su fin.

—De acuerdo, señoras, ya vale por hoy. No olvidéis dar unos cuantos paseos esta semana. Una clase de

una hora los miércoles no es suficiente para mantenerse en forma.

—Oh, cielo, cuando quiero que me bombee bien la sangre el resto de la semana, solo tengo que pensar en ti sin camiseta —comentó Garnet Rogers guiñándole un ojo—. Eso es mucho mejor que caminar.

Elliott sintió cómo le ardían las mejillas mientras las demás mujeres del grupo se reían a carcajadas.

—De acuerdo, ya vale, Garnet. Estás haciendo que me sonroje.

—Pues te sienta bien —le contestó sin importarle nada estar avergonzándolo.

Lentamente, las mujeres empezaron a marcharse mientras charlaban animadas sobre el baile que se celebraría en el centro de mayores y especulaban preguntándose a quién le pediría salir Jake Cudlow. Al parecer, Jake era el mejor partido del pueblo aunque, después de haber visto al señor calvo, con gafas y barrigudo en un par de ocasiones, Elliott no podía dejar de preguntarse cuáles eran los criterios de esas mujeres.

Estaba a punto de entrar en su despacho cuando Frances Wingate lo detuvo. Había sido la vecina de su mujer cuando Karen y él habían empezado a salir y ambos la consideraban prácticamente de la familia. Lo estaba mirando con gesto de preocupación.

—Te pasa algo, ¿verdad? Durante la clase has estado totalmente distraído. Y no es que te supongamos un gran desafío, porque probablemente podrías darnos clase sin sudar ni una gota, pero normalmente muestras un poco más de entusiasmo,

sobre todo durante esa parte de baile que Flo te pidió que añadieras —le lanzó una pícara mirada—. ¿Sabes que eso lo hizo solamente para verte mover las caderas con la salsa, verdad?

—Me lo imaginaba. Ya no hay mucho más que pueda sorprenderme o avergonzarme de lo que hace Flo.

Frances no dejaba de mirarlo a los ojos.

—Aún no has respondido a mi pregunta.

—Perdona, ¿qué?

—No te disculpes y dime qué pasa. ¿Están bien los niños?

Elliott sonrió. Frances adoraba a Daisy y a Mack a pesar de que eran unos terremotos.

—Están muy bien —le aseguró.

—¿Y Karen?

—Está genial —respondió aun preguntándose cuánto de eso era verdad.

Tenía la sensación de que dejaría de estar genial cuando se enterara de lo que había estado tramando. Y la verdad es que no tenía ni idea de por qué no le había contado que quería abrir un gimnasio. ¿Es que había temido que no lo aprobara y que acabaran discutiendo? Tal vez sí. Era muy susceptible con los asuntos de dinero después de haberlo pasado tan mal con un exmarido que la había abandonado y dejado con una montaña de deudas.

Frances lo miró como si fuera a echarle una reprimenda.

—Elliott Cruz, no intentes soltarme un cuento. Puedo ver lo que piensas como hacía con todos los

niños que han pasado por mi clase a lo largo de los años. ¿Qué pasa con Karen?

Él suspiró.

—Eres más astuta todavía que mi madre y eso que a ella tampoco pude ocultarle nada nunca —dijo lamentándose.

—Espero que no.

—No te ofendas, Frances, pero creo que la persona con la que debo hablar de esto es mi esposa.

—Pues entonces, hazlo —le advirtió—. Los secretos, incluso los más inocentes, pueden acabar destruyendo un matrimonio.

—Es que nunca tenemos tiempo para hablar de cosas —se quejó—, y esta no es la clase de conversación que puedo soltarle en un momento y marcharme corriendo después.

—¿Es algo que causaría problemas si ella se entera por otras personas?

Él asintió.

—Más bien sí.

—En ese caso habla con ella, jovencito, antes de que un pequeño problema se convierta en uno grande. Saca tiempo —lo miró con dureza—, y que sea más pronto que tarde.

Él sonrió ante su expresión de enfado. No le extrañaba que tuviera esa reputación como maestra; una reputación que seguía ahí incluso después de que se hubiera jubilado.

—Sí, señora.

Ella le dio un golpecito en el brazo.

—Eres un buen hombre, Elliott Cruz, y sé que la quieres. No le des ni la más mínima razón para que

lo dude.

—Haré lo que pueda —le aseguró.

—¿Pronto?

—Pronto —prometió.

Por mucho que hacerlo fuera a ser como remover un avispero.

Cuando llegó al The Corner Spa en la esquina de Main con Palmetto, Karen se detuvo. Estaba empezando a arrepentirse de no haber seguido el consejo de Dana Sue y haberse ido a dar un paseo por el parque para calmarse antes de ir allí a enfrentarse a su marido. Incluso aunque sabía que, probablemente, era una idea terrible hacerlo no solo cuando él estaba trabajando, sino cuando ella estaba completamente furiosa. No resolvería nada si empezaba a gritar, que era lo más probable.

—¿Karen? ¿Va todo bien?

Se giró ante la pregunta suavemente formulada de su antigua vecina, Frances Wingate, una señora que se acercaba a los noventa y que tenía todavía mucha energía. Aunque estaba de un humor terrible, a Karen se le iluminó la cara solo con ver a la mujer que, en muchos sentidos, era como una madre para ella.

—Frances, ¿cómo estás? ¿Y qué estás haciendo aquí?

Frances se la quedó mirando perpleja.

—Estoy asistiendo a las clases de Elliott para mayores. ¿No te lo ha dicho?

Karen suspiró frustrada.

—Al parecer, hay muchas cosas que mi marido no ha compartido conmigo últimamente.

—Oh, querida, eso no me suena nada bien. ¿Por qué no vamos a Wharton's y charlamos un poco? Hace siglos que no tenemos la oportunidad de ponernos al día con nuestras cosas. Algo me dice que será mucho mejor que hables conmigo a que entres a ver a Elliott estando tan enfadada.

Sabiendo que Frances tenía toda la razón, Karen la miró con gesto de agradecimiento.

—¿Tienes tiempo?

—Para ti siempre puedo sacarlo —le respondió Frances agarrándola del brazo—. Bueno, dime, ¿has venido en coche o vamos andando?

—No he traído el coche.

—Pues entonces vamos a caminar —contestó la anciana sin dudarlo ni un momento—. Qué suerte que me haya puesto mis deportivas favoritas, ¿verdad?

Karen bajó la mirada hacia sus zapatillas turquesa y sonrió.

—Se nota por tu comentario que sigues la moda —le dijo bromeando.

—Esa soy yo. La mayor «fashionista» de la tercera edad.

Cuando llegaron a Wharton's y pidieron té dulce para Frances y un refresco para Karen, la mujer la miró a los ojos.

—Bueno, ahora cuéntame qué te tiene tan enfadada esta tarde y qué tiene eso que ver con Elliott.

Para consternación de la mujer, a Karen se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Creo que mi matrimonio tiene graves problemas, Frances.

En el rostro de su amiga se reflejó un gesto de verdadero impacto.

—¡Tonterías! Ese hombre te adora. Hablamos después de clase todos las semanas, y los niños y tú sois lo único de lo que habla. Está tan prendado de ti ahora como lo estaba el día que te conoció. Estoy segurísima de ello.

—¿Pero entonces por qué no me cuenta nada? —se lamentó Karen—. No sabía que te veía todas las semanas y acabo de enterarme de que tiene pensado abrir un gimnasio para hombres. No tenemos dinero para que corra esa clase de riesgo, por mucho que tenga socios. ¿Por qué se ha metido en algo así sin ni siquiera consultármelo?

Miró a Frances con resignación.

—La gente ya me advirtió sobre estos machos hispanos. Sé que es un estereotipo, pero ya sabes a qué me refiero, a esos que hacen lo que quieren y esperan que sus mujeres los sigan sin rechistar. El padre de Elliott era así, pero jamás pensé que él fuera a serlo. Cuando estábamos saliendo era tan considerado y tan encantador...

—¿Estás segura de que te está ocultando cosas deliberadamente? —le preguntó Frances actuando con sensatez—. Podría haber un montón de explicaciones para el hecho de que no te haya mencionado esas cosas. Con dos hijos y dos trabajos, los dos estáis tremendamente ocupados. Vuestras

agendas no siempre encajan a la perfección, así que el tiempo que pasáis juntos debe de ser muy escaso y cotizado.

—Eso es verdad —admitió Karen. Ella solía trabajar por la noche mientras que él se marchaba al spa a primera hora de la mañana. A veces eran como barcos que se cruzaban en la noche y sus agendas no les permitían mantener una comunicación real.

—Y cuando tenéis tiempo libre, ¿qué hacéis? —continuó Frances.

—Ayudamos a los niños con los deberes o los llevamos a la infinidad de clases extraescolares en las que están metidos. Después, caemos exhaustos en la cama.

Frances asintió.

—Pues no me digas más. No tenéis apenas tiempo para la clase de charlas profundas e íntimas que necesitáis mantener las parejas jóvenes, sobre todo cuando aún os estáis adaptando al matrimonio.

Karen torció el gesto.

—Frances, ya llevamos juntos un tiempo.

—Pero solo lleváis casados y viviendo juntos un par de años. Pasó mucho tiempo hasta que pudiste anular tu primer matrimonio. Ser novios es muy distinto de estar casado y establecer una rutina. Lleva tiempo encontrar un ritmo que funcione, uno que os permita todo el tiempo a solas que necesitáis para comunicaros de verdad. Imagino que Elliott tiene tantas ganas de eso como tú.

Hubo algo en su voz que hizo que Karen se detuviera un momento.

—¿Te ha dicho algo? Por favor, dime que tú no estás metida también en todo esto del gimnasio. ¿Es que soy la única persona de todo el pueblo a la que no se lo había dicho?

—Deja de ponerte frenética —le dijo Frances, aunque se sonrojó al hacerlo—. Elliott y yo hemos charlado hace un momento, pero no me ha dicho nada sobre el gimnasio. Es lo primero que oigo sobre el tema. Me ha dicho que no ha podido contarte algo importante porque los dos habéis estado muy ocupados, pero no me ha especificado nada.

—Ya veo —contestó Karen con cierta frialdad, y no demasiado aliviada ni por la explicación ni por el hecho de que más personas hubieran hablado a sus espaldas.

—Ni se te ocurra sacar de aquí más de lo que hay en realidad —la reprendió Frances—. Le he preguntado por qué ha estado tan distraído en la clase de hoy. Ha tartamudeado un poco y ha intentado disimular, pero al final ha admitido que te había estado ocultando algo. Le he dicho que no tiene ninguna buena razón para no comunicarse con su esposa —miró fijamente a Karen—. Verás que he dicho «comunicarse», no «gritar». La verdadera comunicación implica escuchar además de hablar.

Karen esbozó una débil sonrisa; la había reprendido y con razón.

—Te escucho, pero ¿cómo vamos a encontrar tiempo para sentarnos a mantener esas charlas sinceras e íntimas que solíamos tener cuando estábamos saliendo? Ahora mismo necesitamos trabajar todo lo que podamos. Y aunque pudiéramos

sacar algo de tiempo, tener una canguro es demasiado caro para nuestro presupuesto.

—Pues en ese caso, dejad que os ayude —respondió inmediatamente Frances con entusiasmo—. Desde que os casasteis y os mudasteis a la casa nueva, ya no veo a Daisy y a Mack tanto como me gustaría. Están creciendo mucho. Dentro de poco ni los reconoceré.

Al instante, Karen la miró sintiéndose culpable. Aunque le había llevado a los niños a menudo justo después de que se hubieran casado, las visitas a Frances se habían ido reduciendo a medida que sus agendas se habían ido complicando. ¿Cómo podía haber sido tan egoísta cuando sabía lo mucho que esa mujer disfrutaba pasando un rato con los niños?

—Oh, Frances, ¡cuánto lo siento! Debería habértelos llevado más a menudo.

—Tranquila —le dijo agarrándole la mano—. No pretendía hacerte sentir mal. Iba a decirte que podemos programar un día a la semana para ir y quedarme con los niños mientras Elliott y tú salís por ahí. Me imagino que aún soy capaz de supervisar los deberes del cole y leer uno o dos cuentos. Es más, me encantaría hacerlo —sonrió y un pícaro brillo iluminó su mirada—. O podéis llevarlos a mi casa, si preferís pasar una noche romántica en casa. Seguro que sabría cuidarlos si se quedan a dormir ahora que son más mayores.

Karen se resistía a pesar de la franqueza con que la mujer le hizo la propuesta.

—Eres un encanto al ofrecerte, pero no podría imponerte una cosa así. Ya has hecho por mí mucho

más de lo que me merezco. Siempre que vienen malos momentos, estás a mi lado.

Frances le lanzó una mirada de reprimenda.

—Para mí sois como de la familia y, si puedo hacer esto por ti, sería un placer, así que no quiero oír esa tontería de que es demasiado. Si me pareciera demasiado, no te lo habría ofrecido. Y si rechazas mi ofrecimiento, lo único que harás será herir mis sentimientos. Harás que me sienta vieja e inútil.

Karen sonrió; sabía que Frances no era ninguna de esas dos cosas. A pesar de haber ido sumando años, su espíritu se mantenía joven, tenía montones de amigos y seguía siendo un miembro activo de la comunidad. Pasaba unas cuantas horas al día llamando a personas mayores que no podían salir de casa para charlar con ellos y asegurarse de si necesitaban algo.

Finalmente añadió.

—De acuerdo, si estás segura, lo hablaré con Elliott y fijaremos una noche contigo. Haremos una prueba para ver qué tal marcha. No quiero que Mack y Daisy te dejen agotada.

La expresión de Frances se iluminó.

—¡Muy bien! Ahora debería irme. Tengo una partida de cartas esta noche en el centro de mayores con Flo Decatur y Liz Johnson, y tendré que echarme una siesta si quiero estar lo suficientemente espabilada para que no me hagan trampas. Por muy honradas que sean como mujeres, son muy tramposas cuando se trata de jugar a las cartas.

Karen se rio mientras se bajaba del asiento y abrazaba a su amiga.